

LECCIÓN XV

ORÍGENES DE LA ENSEÑANZA LAICA Y NACIONAL
LA CHALOTAIS Y ROLLAND

Jesuitas y parlamentarios. — Expulsión de los jesuitas (1764). — Quejas generales contra la educación de los jesuitas. — Esfuerzos intentados para reemplazarlos. — La Chalotais (1701-1785). — Su *Ensayo de educación nacional* (1763). — Secularización de la educación. — Objeto práctico de la instrucción. — Espíritu nuevo de la educación. — Instrucción sensible y natural. — Estudios de la primera edad. — Crítica de la educación negativa. — La historia vengada de los desdenes de Rousseau. — La geografía. — La historia natural. — Recreaciones físicas. — Recreaciones matemáticas. — Estudios de la segunda edad. — Las lenguas vivas. — Otros estudios. — La cuestión de los libros. — Preocupaciones aristocráticas. — Rolland (1734-1794). La instrucción al alcance de todos — Escuelas normales. — Espíritu de centralización. — Turgot (1727-1781).

Jesuitas y parlamentarios. — Ninguno de los pedagogos del siglo diez y ocho de quienes hemos hablado hasta ahora, fué llamado á ejercer acción inmediata y directa en los destinos de la educación pública; ninguno tuvo poder para aplicar en los colegios las doctrinas que le eran tan queridas; de modo que no hemos estudiado todavía sino la teoría y no la realidad de la educación en el siglo diez y ocho.

Al contrario, los miembros de los parlamentos franceses que, después de haber solicitado y obtenido del rey la expulsión de los jesuitas, hicieron, desde 1762 hasta la víspera de la Revolución, esfuerzos memorables para reemplazar á los maestros que habían expulsado, para corregir los defectos de la antigua educación, para dar cuerpo á la idea acariciada por la

mayoría de los grandes espíritus de la época, de una educación nacional apropiada á las necesidades de la sociedad civil, los miembros de los parlamentos fueron los organizadores prácticos de la instrucción; prepararon la fundación de la universidad francesa del siglo diez y nueve; volvieron á emprender, no sin brillo, la lucha, tan pronto interrumpida, que los jansenistas habían sostenido contra los jesuitas.

Expulsión de los jesuitas (1764). — Complexas fueron las causas de la expulsión de los jesuitas, pero antes que nada fueron políticas. Atacando á la compañía de Jesús, los parlamentos querían sobre todo defender los intereses del Estado, comprometidos por una sociedad poderosa que tendía á dominar á todas las naciones cristianas. Pero algo contribuyeron las razones pedagógicas para la condena pronunciada contra los jesuitas por todos los parlamentos de Francia. En todas partes, en los informes levantados por los oficiales municipales ó reales de todas las ciudades donde los jesuitas poseían colegios, se quejaban de los métodos y de las prácticas escolares de la compañía; y se pedían reformas que eran incapaces de realizar.

Y no sólo en Francia se indicaban con viveza los defectos de la pedagogía de los jesuitas. En el edicto de 1759, por el que expulsaba el rey de Portugal á los jesuitas de su reino, se decía: « El estudio de humanidades ha decaído en el reino y los jesuitas son evidentemente causa de la decadencia en que se hallan las lenguas griega y latina. » Algunos años más tarde, en 1768, el rey de Portugal se felicitaba por haber desterrado « la moral corrompida, la superstición, el fanatismo y la ignorancia que la sociedad de Jesús había introducido allí. »

Quejas generales contra la educación de los jesuitas. — En pleno siglo diez y ocho los jesuitas estaban todavía aferrados á su vieja rutina y aun sus defectos se habían agravado con el tiempo.

En Auxerre, se quejaban de que los colegiales no estudiaban en sus clases sino algunos autores latinos y que salían de allí sin que se hubiese puesto en sus manos un solo autor francés.

En Moulins, se pide que cuando menos se dedique

una hora por semana á la historia de Francia, lo que prueba que la sociedad de Jesús, siempre esclava de su formalismo inmóvil, no concedía ni esa pequeña parte á la enseñanza de la historia.

En Orleáns, se insiste sobre la necesidad de hacer aprender á los niños la lengua francesa.

En Montbrison se deseaba que se diese á los alumnos algunos elementos de geografía, sobre todo de la de su país.

En Auxerre, se hace patente que en la enseñanza de la filosofía se pasa el tiempo « en copiar y en aprender cuadernos llenos de vanas distinciones y de frívolas cuestiones. »

En Montbrison, se expresa el deseo de « que las reglas del razonamiento se expliquen en francés y que se destierren los argumentos que sirven sólo para formar disputadores y no filósofos. »

Tendría mucho interés proseguir este estudio y recoger en los informes rendidos en 1762, verdaderos cuadernos de revolución escolar, todos los agravios de la opinión pública contra los jesuitas. En materia de religión se reprochaba á la compañía de Jesús sustituir á los textos sagrados libros de devoción compuestos por los Padres. En Poitiers se reclamaba el Antiguo y el Nuevo Testamento, cuyo estudio estaba totalmente olvidado. Al mismo tiempo se acusaba á los jesuitas de que mezclaban sin cesar las cuestiones religiosas á los estudios clásicos, y de catequizar en todos los asuntos : « Los catedráticos de quinto y de sexto del colegio de Auxerre, dogmatizan en los temas que dictan á los niños. » En fin, la compañía de Jesús sostenía en las escuelas la enseñanza de la moral casuística ; favorecían el fanatismo y la superstición ; no suavizaban la severidad de su disciplina y provocaban violentas recriminaciones en algunos de sus antiguos alumnos que conservaban el recuerdo picante de las correcciones sufridas en sus colegios (1).

Esfuerzos intentados para reemplazar á los jesuitas. — Así pues, lo que hicieron únicamente

(1) Véase el folleto publicado en 1764 bajo el título : *Memorias históricas sobre el orbilianismo y los correctores de los jesuitas.*

fué registrar el veredicto de la opinión pública levantado contra los jesuitas en todas partes. Pero á la vez que se asociaban con precipitación á la reprobación general, hacían esfuerzos para determinar las leyes de la nueva educación. « Destruir es poca cosa, decían, si no se piensa en edificar. El bien público, el honor de la nación piden que se establezca una educación civil que prepare á cada generación que nace, á llenar con éxito las diferentes profesiones del Estado. » No es justo decir con M. Breal : « Una vez libertada de los jesuitas, se instaló la Universidad en sus casas y continuó su enseñanza. » Se hicieron serias tentativas para reformar los programas y los métodos. La Chalotais, Guyton de Morveau, Rolland y otros más ensayaron en sus escritos y cuando lo pudieran, en sus actos, instituir un sistema de educación que, inspirándose en Rollin y en los jansenistas, pretendía mejorarlos.

La Chalotais (1701-1785). — Entre todos los parlamentarios que se distinguieron en la campaña emprendida hacia mediados del siglo diez y ocho contra la pedagogía de los jesuitas, el más célebre y el más digno es incontestablemente el procurador general del parlamento de Bretaña, René de la Chalotais. Hombre de corazón y de carácter se hizo detener y encerrar en la ciudadela de Saint-Malo, por haber sostenido las franquicias de la provincia de Bretaña ; y en su prisión, en 1765, redactó para su defensa una memoria elocuente y apasionada, de la que Voltaire decía : « ¡ Desgraciadas las almas sensibles que no sientan al leerla el estremecimiento de la fiebre ! »

Su ensayo de educación nacional. — El *Ensayo* de la Chalotais apareció en 1763, un año después del *Emitio* : después de las teorías ambiciosas del filósofo que, desdeñando la polémica y las luchas contemporáneas, escribió sólo para el porvenir y por el porvenir, era una obra modesta y de circunstancias el trabajo de un hombre práctico que se esforzaba por responder á las aspiraciones y á las necesidades de su tiempo. Traducido á varias lenguas, el *Ensayo de educación nacional* obtuvo los sufragios entusiastas de Diderot, de Voltaire, quien decía : « Es un libro terri-

ble contra los jesuitas; tanto más cuanto que está escrito con moderación. » Grimm llevó su admiración hasta escribir : « Sería difícil presentar en ciento cincuenta páginas mayor número de miras prudentes, profundas, útiles y verdaderamente dignas de un magistrado, de un filósofo, de un hombre de Estado. »

Hoy, en el olvido, la pequeña obra de La Chalotais merece ser recordada; á pesar de algunas preocupaciones que la deslustran, está toda ella penetrada del espíritu de la Revolución.

Secularización de la educación. — Á decir verdad, lo que domina en toda la pedagogía del siglo diez y ocho es la idea de la secularización necesaria de la instrucción. Galicanos resueltos como La Chalotais ó Rolland, librepensadores intrépidos como Diderot ó Helvetius, todos creen y proclaman que la instrucción pública concierne á lo civil y que es « obra del gobierno », según la expresión de Voltaire; todos quieren sustituir con maestros laicos á los maestros religiosos y levantar escuelas civiles sobre las ruinas de las escuelas monacales.

« ¿A quién podrá persuadirse, decía Rolland en su informe de 1768, de que los padres de familia que poseen un sentimiento que no ha debido conocer jamás un sacerdote, sean menos capaces que éste para educar á los niños? »

La Chalotais pide también maestros ciudadanos : rechaza á los preceptores que, por interés cuanto por principio, dan la supremacía en sus afecciones á la patria sobrenatural sobre la patria humana.

« No pretendo excluir á los eclesiásticos, decía, pero reclamo en cambio de la exclusión á los seculares. Pretendo reivindicar, para la nación, una educación que no dependa sino del Estado, pues que le pertenece esencialmente; porque toda nación tiene el derecho inalienable é imprescriptible de instruir á sus miembros, y porque, en fin, los niños del Estado deben ser educados por miembros del Estado. »

No porque La Chalotais sea religioso : pero quiere una religión nacional, que no subordine los intereses

del país á un poder extranjero. Quiere, sobre todo, que la Iglesia, reservándose « la enseñanza de las verdades divinas », abandone en manos del Estado la enseñanza de la moral y la dirección de los estudios puramente humanos. Es de la misma opinión que su amigo Duclós, quien decía :

« Es un hecho que en la educación que se daba en Esparta, antes que á nada se atendía á formar Espartanos. Así es cómo se debería hacer en todos los Estados, inspirar los sentimientos del ciudadano, formar Franceses entre nosotros y para hacer Franceses, trabajar para formar los hombres (1). »

Objeto práctico de la instrucción. — Lo que reprocha La Chalotais principalmente á la educación de su tiempo, á la de la Universidad como á la de los jesuitas, es el no preparar á los niños para la vida real, para la vida civil. « Un extranjero que visitase nuestros colegios podría creer que en Francia no se piensa sino en poblar los seminarios, los claustros y las colonias latinas. » ¿Cómo creer que el estudio de una lengua muerta y una disciplina monástica estén destinados á formar militares, magistrados, jefes de familia?

« El mayor vicio de la educación y tal vez el más inevitable, en tanto que ésta se ha confiado á personas que han renunciado al mundo, es la falta absoluta de instrucción sobre las virtudes morales y políticas. Nuestra educación no se liga á nuestras costumbres, como la de los antiguos. Después de haber ensayado todas las fatigas y todas las molestias del colegio, la juventud se halla en la necesidad de aprender en qué consisten los deberes comunes á todos los hombres : no ha recibido principio alguno que le sirva para juzgar las acciones, los males, las opiniones, las costumbres; todo tiene que aprender en materias tan importantes. Se le inspira una devoción que no es otra cosa que una imitación de la religión; prácticas que ocupan el lugar de la virtud y que no son sino su sombra. »

Instrucción sensible y natural. — Discipulo de la escuela sensualista, alumno de Locke y de Condillac,

(1) Duclós, *Consideraciones sobre las costumbres de este siglo*, cap. II. *Sobre la educación y las preocupaciones.*

La Chalotais se inclina demasiado á desconocer en el desarrollo del individuo la parte de las energías naturales y de las disposiciones innatas. Pero, en revancha, la inspiración sensualista le conduce á excelentes reflexiones sobre la necesidad de comenzar por los objetos sensibles antes de llegar á los estudios intelectuales, de formar desde luego la educación de los sentidos.

« No quiero enseñar al niño sino los hechos de que dan testimonio los ojos, á los siete como á los treinta años.

« Los principios para instruir á los niños deben ser los mismos que aquellos por medio de los cuales les instruye la naturaleza. La naturaleza es el mejor de los maestros.

» Todo método que empiece con ideas abstractas no se hizo para los niños.

« Aunque los niños vean muchos objetos, aunque se les varíen y se les enseñen bajo varias faces y diferentes veces, no se llegará nunca á llenar su memoria y su imaginación con tantos hechos y con tantas ideas útiles cuantas son aquellas de que puede hacer uso en el curso de su vida. »

Tales son los principios sobre los que organiza La Chalotais su plan de estudios.

Espíritu nuevo de la educación. — De lo que se trata es, pues, de reemplazar esa educación monacal, ultramontana. La Chalotais emplea esta palabra, y á la vez esa educación limitada, esa disciplina repugnante y austera « que parece haber sido hecha únicamente para rebajar los ánimos », esa enseñanza estéril y seca « cuyo efecto más común es hacer odiar el estudio de la vida », esos estudios escolásticos, con los que « contraen los jóvenes el hábito de disputar y de embrollar », esas reglas ascéticas « que hacen á un lado el cuidado de la salud ». Se trata de iniciar á los niños en nuestros más ordinarios y comunes asuntos, en lo que forma el sostenimiento de la vida, el fundamento de la sociedad civil.

« La mayoría de los jóvenes no conocen ni el mundo que habitan, ni la tierra que les nutre, ni los hombres que se ocupan en sus necesidades, ni los animales que les sirven, ni los obreros y artesanos que emplean ; ni aun tienen principio alguno para conocerles. No se aprovecha su curiosidad natural para aumentarla. No saben admirar las maravillas de la naturaleza, ni los prodigios de las artes..... »

Esto equivalía á decir que en lo de adelante debían conocer todo lo que se les había dejado ignorar hasta allí.

Estudio de la primera edad. — Según La Chalotais, la educación debe dividirse en dos periodos : el primero, de los cinco á los diez años ; el segundo, de los diez á los diez y siete.

En el primer período se trata de niños que no tienen experiencia alguna porque nada han visto ; que no poseen la atención porque son incapaces de un esfuerzo sostenido ; que no tienen juicio porque aún no tienen ideas generales ; pero que, en cambio, poseen sentidos, memoria y algo de la potencia de reflexión. Es pues necesario escoger cuidadosamente los objetos de estudio que se propongan á esas inteligencias nacientes. Y La Chalotais se pronuncia en favor de la historia, la geografía, la historia natural, las *recreaciones físicas y matemáticas*.

« Tales son, en resumen, dice, las operaciones propuestas para la primera edad : aprender á leer, á escribir y á dibujar ; la música, el baile que deben formar parte de la educación de las personas colocadas sobre el vulgo ; historia de las vidas de hombres ilustres de todos los países, de todos los siglos y de todas las profesiones ; la geografía ; recreaciones físicas y matemáticas ; las fábulas de La Fontaine que, por más que se diga, no deben quitarse de manos de los niños, sino hacérselas aprender de memoria. Además, paseos, carreras, juegos, ejercicios : y no propongo los estudios sino como entretenimiento. »

Crítica de la educación negativa. — La Chalotais tiene frecuentemente razón contra Rousseau. Por ejemplo, refutó con energía la utopía de una educación negativa en la que se deja obrar á la naturaleza y que considera como no sucedido el trabajo de los siglos. El buen sentido es el que habla en reflexiones como estas :

« Si al hombre no se le enseña el bien, se preocupará necesariamente con el mal. El espíritu y el corazón no pueden permanecer vacíos. » — « So pretexto de procurar á los niños una experiencia que les sea propia, se les priva del auxilio de la experiencia de otros. »

La historia vengada de los desdenes de Rousseau. — Se refutan con vivacidad los sofismas de Rousseau contra la historia. La historia está al alcance de la primera edad. El niño que entienda á Pulgarito y á Barba Azul, puede entender la historia de Rómulo y de Clovis. Pero, además, La Chalotais, antes que á otra alguna se atiene á la historia de los tiempos más recientes y en esto sobrepuja á su maestro Rollin :

« Desearía yo que se compusieran para uso de los niños historias de todas las naciones, de todos los siglos y sobre todo de estos últimos siglos : que estas últimas fueran más detalladas ; que aun se las hiciese leer antes de las de los siglos más remotos ; que se escribiesen vidas de hombres ilustres en todos los géneros, de todas condiciones y de todas profesiones, de héroes, de sabios, de mujeres y de niños célebres. »

La geografía. — La Chalotais no separa el estudio de la geografía del de la historia y pide que, sin entrar en detalles áridos y enfadosos, se haga viajar al niño agradablemente por los diferentes países ; que se insista « sobre lo más curioso y singular de cada país, sobre los hechos más salientes, la patria de los grandes hombres, las batallas célebres, todo lo que hubiere más notable, ya en las costumbres, ya en los productos naturales, ora en las artes y en el comercio ».

La historia natural. — Otro estudio especialmente propio para los niños, dice con razón La Chalotais, es el de la historia natural :

« Lo principal es enseñar desde luego los diferentes objetos tales cuales se presentan á la vista : la figura y una descripción precisa y exacta es bastante. »

Es preciso evitar la aglomeración de detalles y dedicarse á los objetos que tienen mayor número de relaciones con nosotros, que son más necesarios ó más útiles.

« Se dará preferencia á los animales domésticos sobre los silvestres, á los del país sobre los extranjeros. En materia de plantas se preferirá las que sirven para los alimentos y para los remedios. »

En cuanto sea posible, se enseñará el propio objeto para que la imagen sea más neta y más viva y la impresión más duradera.

Recreaciones físicas. — Por esto, según lo explica La Chalotais, entiende las observaciones, las experiencias, los hechos naturales más sencillos. Es necesario que los niños, desde muy temprano, se familiaricen con los termómetros, con los barómetros, con el microscopio, etc.

Recreaciones matemáticas. — Todo lo dicho es excelente y La Chalotais entra resueltamente en la vía de los métodos modernos. Lo que se presta más á discusión es la idea de colocar la geometría y las matemáticas en el programa de estudios infantiles, bajo el erróneo pretexto de que « la geometría no ofrece nada que no sea sensible y palpable ». Estamos de acuerdo, sin embargo, en que es más fácil concebir « las ideas claras de los cuerpos, de la línea, de los ángulos, que hiernen la vista, que las ideas abstractas del verbo, de las declinaciones y de las conjugaciones, de un acusativo, de un ablativo, de un subjuntivo, de un infinitivo, aunque se concreten ».

Estudios de la segunda edad. — La Chalotais aplaza para la segunda edad, para los diez años, el estudio de las lenguas clásicas. La serie de estudios para este segundo período comprenderá : 1º Literatura francesa y latina ó humanidades ; 2º continuación de la historia, de la geografía, de las matemáticas, de la historia natural ; 3º crítica, lógica y metafísica ; 4º arte de la invención ; 5º moral.

Se queja La Chalotais de que sus contemporáneos desdeñan la literatura francesa, como si no tuviéramos modelos admirables en la lengua nacional. De cien estudiantes habrá cuando más cinco á quienes sea útil escribir en latín y no hay uno solo que tenga necesidad de hablar ó de escribir en griego y de hacer versos latinos : al contrario, todos deben conocer su lengua materna. Por tanto el autor sugiere la idea de consagrar la clase de la mañana al francés, la de la tarde al latín, de modo que los niños que no tengan necesidad de las lenguas antiguas sigan nada más el curso de francés.

Las lenguas vivas. — La Chalotais considera necesario el conocimiento de dos lenguas vivas: « el inglés para la ciencia y el alemán para la guerra ». En esa época la literatura alemana no había producido aún sus obras maestras y se comprende que la utilidad del alemán se considerase bajo el punto de vista de los intereses militares. De todos modos debemos congratularnos de que haya apreciado como lo hizo las lenguas vivas: « Se está en el error de tratarlas casi como se hace con los contemporáneos, con una especie de indiferencia. Sin las lenguas griega y latina no hay verdadera y sólida erudición: pero sin las otras ésta no es completa. »

Otros estudios. — Muchas observaciones juiciosas ó justas tendríamos aún que recoger en el *Ensayo de educación nacional*, sobre la enseñanza de las lenguas antiguas, en la que La Chalotais incurrió en el error de reducirla á un muy corto número de años; sobre la necesidad de presentar á los discípulos como asuntos de composición, no ampliaciones pueriles, disertaciones sin fundamento de hechos y materias que ignoran, sino de cosas que conocen, de hechos que les han pasado á ellos mismos, « sus ocupaciones, sus diversiones, sus penas »; sobre la lógica ó crítica, cuyo estudio no debía diferirse hasta el fin de las clases, como aún se hace en nuestros días; sobre la filosofía, que es, dice, « el carácter del siglo diez y ocho, como la erudición fué el del siglo diez y seis y los talentos el del siglo diez y siete. » La Chalotais reserva un puesto de honor á la moral, « que es de todas las ciencias la más importante y que al igual de cualquiera otra es susceptible de demostración. »

La cuestión de libros. — Al trazar su programa de estudios, tan nuevo en muchas de sus partes, La Chalotais se daba cuenta de las dificultades que se encontrarían al asegurarlo y por decirlo así, al improvisar su ejecución, cuando para hacerlo no existían ni maestros capaces ni libros bien hechos. Sobre todo, decía á los maestros, será muy difícil formarlos. Pero, en espera de su reclutamiento, La Chalotais se apoya mucho en los libros elementales, que podrían, pensaba, ser compuestos en dos años, si el rey accediese á favo-

recer su publicación y si las Academias abrieran un concurso:

« Serían estos libros la mejor instrucción que pudieran dar los maestros y sustituirían á cualquier otro método. No se puede prescindir de los libros nuevos, cualquiera que sea el partido que se tome. Estando bien hechos suplirían á los maestros formados; no se trataría entonces de disputar sobre la calidad de éstos, si debían ser sacerdotes, casados ó célibes. Todos serían buenos, con tal de que tuvieran religión, costumbres y que supiesen leer bien; se formarían rápidamente á sí propios al formar á los niños. »

En estas frases hay mucha exageración: el libro no podría suplir al maestro. Pero el lenguaje de La Chalotais es un lenguaje de circunstancias. Si hablaba así, era porque, en su impaciencia de llegar, quería hacer el ensayo de poner remedio al desapego de los pedagogos de su tiempo y suplir la falta de buenos profesores con expedientes provisorios y por los medios que encontraba á su alcance.

Preocupaciones aristocráticas. — Lo que quisiéramos borrar del libro de La Chalotais es su opinión sobre la enseñanza primaria. Cegado por no se sabe qué desconfianza del pueblo y dominado por preocupaciones aristocráticas, se queja de la extensión de la instrucción. Pide que los conocimientos de los pobres no se extiendan más allá de sus ocupaciones. Critica amargamente la fiebre del saber que comenzaba á encenderse en las clases inferiores de la Nación:

« El pueblo mismo puede estudiar: labradores, artesanos envían á sus hijos á los colegios de las aldeas... Estos niños, cuando han hecho estudios sumarios que no les sirven sino para desdeñar la profesión de sus padres, se arrojan al claustro, al estado eclesiástico: toman oficios en la curia y con frecuencia llegan á ser sujetos dañosos para la sociedad. Los hermanos de la Doctrina cristiana (*sic*), á quienes se llama *ignorantillos*, han acabado por echar á perder todo; enseñan á leer y á escribir á gentes que no debían haber aprendido sino á dibujar y á manejar el cepillo y la lima, lo que ya no quieren hacer. Son los rivales ó los sucesores de los jesuitas. »

Era precisa una gran fuerza de preocupación para pensar que los hermanos de las Escuelas cristianas instruirían demasiado al pueblo.

Sin embargo y en descargo de La Chalotais, debemos decir que á la instrucción en sí misma la ataca tal vez menos que á la mala manera de darla. Lo que él censura es la instrucción mal entendida, aquella que forma nulidades. En otros lugares de su libro se ve que estaria dispuesto á derramar la nueva educación entre las filas del pueblo :

« Al Estado, á la mayor parte de la Nación es á la que se debe tener más presente para la educación ; pues deben ser más considerados veinte millones de hombres que uno solo, y los *paisanos*, que en Francia no son aún un orden como lo son en Suecia, no deben ser echados en olvido para fundar una institución, (es decir, un sistema de educación), que tenga por objeto á la vez que el cultivo de las letras el que la tierra sea labrada ; que todas las artes y las ciencias útiles se perfeccionen ; que la justicia se haga y se enseñe la religión ; que haya generales, magistrados, eclesiásticos instruidos y capaces, artistas y artesanos hábiles, y todo en proporciones convenientes. Toca al gobierno hacer feliz en su estado á cada ciudadano para que no se vea forzado á salir de él ».

Citemos aún una frase que es casi la fórmula predilecta de los amigos de la instrucción :

« No haya temor de establecerla, en general, pues en la situación de la Europa, el pueblo que sea más ilustrado tendrá siempre ventajas sobre aquellos que lo sean menos. »

Juicio general. — Á pesar de los defectos que la deslucen, la obra de La Chalotais es uno de los ensayos más notables de la antigua pedagogía francesa. « La Chalotais, dice M. Gréard, pertenece á la escuela de Rousseau ; pero en más de un punto se separa de la vía trazada por el maestro. Se libra de las seducciones de la paradoja. Relativamente, tiene espíritu mesurado. Es un clásico sin preocupaciones, un innovador sin temeridad. »

Sobre todo, su libro es un libro de combate, escrito con igual ardor que el empleado en trabar una acción, y desbordando de generosidad. Son hermosas frases como esta :

« Que aprenda el joven de cuál pan comen los labradores, los jornaleros, los artesanos. Después verá cómo se les quita ese pan que ganan con tanto trabajo y cómo una porción de los hombres vive á expensas de la otra. »

Se respira en esas líneas un profundo sentimiento de piedad para los desheredados de aquí abajo, se oye ya la precursora señal de las reivindicaciones sociales de la Revolución francesa.

Rolland (1734-1794.) — Después de criticar los antiguos métodos, La Chalotais propuso otros nuevos : Rolland ensayó ponerlos en práctica. La Chalotais es polemista y teórico ; Rolland es administrador. Presidente del Parlamento de París, en 1768 presentó á sus colegas un *Informe* que es un verdadero plan de educación (1). Pero sobre todo colaboró personalmente en la administración del colegio Luis el Grande. Adversario ardiente y apasionado de los jesuitas, hizo cuanto fué posible para colocar la instrucción pública en estado de no necesitarlos. « Espíritu poderoso y sabio, dotado de razón, paciente y fuerte, que durante veinte años, en el mismo destierro y después de la disolución de su compañía, no abandonó un momento la obra emprendida y la llevó acabada casi, hasta los confines de la Revolución ; corazón donde no cabía el sentimiento de ambición, que designado por el voto unánime, por el consejo del rey, director de la instrucción pública, se encerró con obstinación en la paz de su estudiantado retiro. » De ese modo le juzgaba un universitario del siglo diez y nueve, Dubois, director de la Escuela normal.

Rolland, sin duda, no es un pedagogo original. « En el *Tratado sobre los estudios* de Rollin, todo maestro, dice, encontrará las verdaderas reglas de la educación. » Además se inspiró en las ideas de La Chalotais y también en las *Memorias* que la Universidad de París redactó en 1763 y 1765 á petición del Parlamento : de modo que el interés de su obra reside mejor que en sus apreciaciones personales, en las indicaciones que da sobre la situación de la Universidad y sobre su tendencia á reformarse por sí misma.

La instrucción al alcance de todos. — En un punto al menos Rolland es superior á La Chalotais :

(1) Véase la *Recopilación* de las Obras del Señor Presidente Rolland, impresa en 1783 por orden de la Administración del colegio Luis el Grande.

se declara enérgicamente en favor de la necesidad de la instrucción primaria, y de los progresos y la difusión de los conocimientos humanos :

« La educación debe esparcirse de manera que no haya una sola clase de ciudadanos que deje de estar al alcance de sus beneficios. Es utilísimo que cada ciudadano reciba la educación que le sea más propia (1). »

Es verdad que Rolland se une al deseo de la Universidad que pedía la reducción del número de colegios. Pero se trataba sólo de colegios para estudios superiores y Rolland pensaba menos en restringir la instrucción que en proporcionarla y en apropiarla á las necesidades de las diversas clases de la sociedad.

« Todos deben poder disfrutar de la educación que les sea más apropiada... Ahora bien, agrega Rolland, no todos los terrenos son susceptibles de los mismos cuidados ni del mismo producto; no todos los espíritus piden igual grado de cultura; no todos los hombres tienen las mismas necesidades ni los mismos talentos, y en proporción á estos talentos y á estas necesidades es como debe arreglarse la educación pública. »

Rolland participaba de las preocupaciones de La Chalotais « contra el nuevo orden fundado por el señor La Salle » :

« La ciencia de leer y de escribir, que es la llave de las otras ciencias, debe ser esparcida universalmente. Sin su auxilio, las enseñanzas de los pastores son inútiles, la memoria es muy rara ocasión bastante fiel; y la lectura es la que puede sólo grabar de modo duradero lo que importa no olvidar nunca. »

Todo el mundo podría hoy estar de acuerdo, bajo la presión de preocupaciones que sin cesar renacen, en que « el labrador que ha recibido algo de instrucción es más atento y más hábil. »

Escuela normal. — No insistiremos sobre los

(1) Recopilación etc., pág. 25.

métodos y los programas que proponía Rolland. Salvo recomendaciones calurosas sobre el estudio de la historia nacional y de la lengua francesa, no encontramos en ellos nada verdaderamente nuevo. Lo que, en cambio, merece señalarse, son las importantes innovaciones que quería introducir en la organización general de la instrucción pública.

Desde luego la idea de una escuela normal superior, de un seminario de profesores. Ya la Universidad había manifestado el deseo de que se fundase esta « casa de institución ». Para convencerse de la semejanza de este seminario pedagógico, soñado desde 1763, con la Escuela normal actual, basta hacer notar los siguientes detalles. La casa debía ser dirigida por profesores sacados de las diferentes facultades, según los diferentes objetos de la enseñanza. Los jóvenes que se recibieran en el concurso deberían ser separados en tres clases, correspondientes á los tres órdenes de agregación. En el interior de la casa debían seguirse las conferencias, sufrir las pruebas de la agregación después de determinado tiempo y después debían ser colocados en los colegios. ¿No es cierto que á este programa apenas se puede agregar algo? Pedía también Rolland que la pedagogía figurase entre los estudios de estos futuros profesores y que se les diesen lecciones especiales y continuadas en este arte tan necesario para los maestros de la juventud.

No se detiene allí Rolland. Instituye inspectores, *visitadores*, que anualmente deben examinar en todos los colegios. Por último somete todos los establecimientos escolares á una autoridad única, á un consejo de gobierno que designa con un nombre demasiado caprichoso, la *oficina de correspondencia*.

Espíritu de centralización. — Cualquiera que sea la opinión que deba formarse sobre la centralización absoluta, que ha llegado á ser en nuestro siglo la ley de la instrucción pública y que ha hecho desaparecer las libertades provinciales, está fuera de duda que los parlamentarios del siglo diez y ocho fueron los primeros en imaginarla y en alabarla, ya que no en realizarla. París, en el proyecto de Rolland, se convierte en la capital de la enseñanza pública; las uni-

versidades diseminadas en las provincias se ligan unas con otras y dependen de la de París :

¿ No es de desearse, dice Rolland, que el buen gusto, que todo concurre á formar en la capital, se extienda hasta los confines del reino; que todos los franceses participen de los tesoros de ciencia que en ella se acumulan día por día; que jóvenes que tienen una misma patria, que están destinados á servir al mismo príncipe y á desempeñar iguales empleos, reciban las mismas lecciones y estén imbuidos en las mismas máximas; que una parte de la Francia no esté nublada por la ignorancia cuando las letras resplandecen en la otra la luz más pura; en una palabra, que llegue un tiempo en que no pueda ya distinguirse un joven educado en provincia de otro formado en la capital? » Y agrega que « el único medio de alcanzar un fin tan deseable, es hacer de París el centro de la enseñanza pública. »

Aparte de que la instrucción ganaría con ello, Rolland vé esta otra ventaja, que, por la uniformidad de la enseñanza, se llegará á la uniformidad en las costumbres y en las leyes. Gracias á una educación común, « los jóvenes de todas las provincias se despojarán de las preocupaciones de su nacimiento; se formarán las mismas ideas de virtud y de justicia; pedirán por sí propios leyes uniformes que hubieran ofendido á sus padres ». Con ello se desarrollará un espíritu, un carácter y aun un derecho nacional, « único medio de hacer renacer el amor á la patria ». ¿ No es cierto que los grandes magistrados de fines del siglo diez y ocho merecen ser contados, también ellos, entre los fundadores de la unidad francesa?

Turgot (1727-1781). — En sus *Memorias* al rey (1775), Turgot exponía ideas análogas y pedía también la formación de un consejo de instrucción pública. Reclamaba con elocuencia el establecimiento de una enseñanza cívica y nacional que se daría hasta en el campo :

« Vuestro reino, Sire, es de este mundo. Sin oponer obstáculo alguno á la instrucción cuyos fines se levantan más alto y que tienen ya sus reglas y sus ministros, creo no poder proponeros cosa mejor y más ventajosa para vuestro pueblo que el que hagáis impartir á vuestros súbditos la instrucción que les manifieste las obligaciones que tienen para la sociedad y para vuestro poder que los protege; los deberes que les imponen estas obligaciones y el interés que

tienen en llenar estos deberes por el bien público y por el suyo propio. Esta instrucción moral y social exige libros hechos expresamente, en colaboración, con mucho cuidado, y un maestro de escuela en cada parroquia, que enseñe á los niños, con el arte de leer, de escribir, de contar y de medir, los principios de mecánica.

» El estudio de los deberes de los ciudadanos debe ser el fundamento de todos los otros estudios.

» Hay métodos y establecimientos para formar geómetras, físicos, pintores. No los hay para formar ciudadanos. »

En resumen, La Chalotais, Rolland, Turgot y algunos otros entre sus contemporáneos fueron verdaderos precursores de la Revolución francesa en materia pedagógica. En 1762 comenzó la revolución escolar, al menos en lo concerniente á la enseñanza secundaria. Los parlamentos de esa época concibieron el sistema de la Universidad del siglo diez y nueve y prepararon la obra de Napoleón I. Pero dejaron para los hombres de la Revolución, el honor de ser los iniciadores de la instrucción primaria.